

Gaspard Koenig

Humus





Seix Barral Biblioteca Formentor

Gaspard Koenig

Humus

Traducción del francés por
Lydia Vázquez

Título original: *Humus*

© Éditions de l'Observatoire / Humensis, 2023

© por la traducción, Lydia Vázquez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-322-4492-6

Depósito legal: B. 7.608-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

«En primer lugar, *gusano* no es un nombre muy agradable, está pensado para ser hiriente. Es mejor hablar de *lombrices de tierra* para restituirles algo de dignidad científica. Familia: *Lumbricidae*. Especie: *Lumbricus terrestris*. Y estas lombrices de tierra representan la mayor biomasa animal terrestre. En otras palabras, si las ponemos a todas en una balanza, pesarán más, y con mucho, que la especie entera del *Homo sapiens*, los elefantes y las hormigas juntos. Para dar una idea de la magnitud, hay entre una y tres toneladas por hectárea, al menos en suelos donde el ser humano aún no ha puesto sus sucias manos.»

Al ver ese corto vídeo del profesor Marcel Combe que circulaba en YouTube, a Arthur le entraron ganas de asistir a su conferencia. Pero al entrar en el inmenso anfiteatro casi vacío y con olor a nuevo, entre esos muros de madera reconstituída que pretendían dar un aire «natural» y solo conseguían hacer más visible aún el esqueleto de vidrio y acero de los edificios colindantes, se sintió descorazonado. No se había imaginado así sus estudios de Agronomía.

Arthur se preguntaba quién había tenido la aberrante idea de trasladar la Escuela Superior de Ingeniería Agronómica, la AgroParisTech, al desierto hormigonado de la meseta de Saclay. La clase anterior a la suya aún pudo pasar su primer año de escuela en el castillo de Grignon, rodeado de trescientas hectáreas de campos y bosques. Generaciones de estudiantes aprendieron allí a ordeñar ovejas y a follar entre la maleza. En cambio, Arthur tenía que pasar con la tarjeta de acceso por los torniquetes de seguridad veinte veces al día y encontrar su camino a través de un laberinto de pasillos anónimos donde solo cambiaban los números de las puertas. No había visto tan poca naturaleza como en los seis meses que llevaba en la escuela. Fuera, lo único que oía era el chirrido de las excavadoras destripando el suelo. Las habitaciones de los estudiantes parecían aulas y estas, a su vez, parecían vestuarios de gimnasio. Es cierto que se ahorra tiempo en ese campus donde todo estaba a mano, pero ¿tiempo para qué? ¿Para ver porno?, ¿para trabajar sin descanso en las mejores fórmulas químicas? ¿Quién quería tomarse una copa en una cafetería que se limpiaba dos veces al día, o cantar en una sala de estudiantes colocada en medio del terraplén central como si fuera una pecera?

Desde el primer día, Arthur se consideró un exiliado. Hacía años, una de las zonas más fértiles de Francia, la meseta de Saclay, se había transformado en un desierto funcional, una especie de zona comercial interminable donde los letreros tradicionales dejaban paso a los de POLYTECHNIQUE, TÉLÉCOM o ÉCOLE NORMALE SUPÉRIEURE. El objetivo era reunir allí a los mejores cerebros, estudiantes e investigadores. Pero ¿en qué se convierte una mente atrapada en un espacio implacablemente geométrico, cegada por los lívidos fluorescentes de los pasillos,

inmersa en un bosque de grúas? En una supermáquina atrofiada, lista para reproducirse con otras supermáquinas y así concebir un mundo de supermáquinas. ¿Era esa la misión prevista ahora para los futuros ingenieros agrónomos de la AgroParisTech? ¿Aprender el lenguaje correcto sobre la agricultura regenerativa para transformar con la conciencia bien tranquila las granjas francesas en fábricas de carne cubiertas de paneles solares?

Lo más perverso de esa planificación consistía en introducir algunas pinceladas campestres, como una añoranza. Tras subir una interminable escalera desde la parada del RER B, el estudiante jadeante se sorprendía al entrar en un pequeño bosque, luego en un cañizar, antes de encontrarse de nuevo con las pasarelas pavimentadas y el césped bien cortado. Ya en el campus, una acequia cuidadosamente delimitada preservaba unos metros cuadrados de naturaleza silvestre. Alrededor de la diminuta playa de grava se refugiaban matas de maleza, juncos que exhibían sus flores color habano en ramilletes y algunos ranúnculos que flotaban en el agua como margaritas gigantes. Charca del diablo para paseante del Antropoceno.

En cualquier caso, Arthur se había jurado a sí mismo que ese exilio sería temporal. En cuanto obtuviera el diploma que la sociedad le exigía, estaría en paz con ella. Cuando le preguntaron a qué se dedicaría al salir de la escuela, respondió: «A cultivar mi jardín». Era poco claro pero sincero.

Arthur seguía de pie a la entrada del anfiteatro, dudando. Probablemente habría dado media vuelta si no hubiera visto a aquel chico de pelo rubio bien peinado y pómulos pronunciados. Todo en él destilaba buena salud y serenidad: su camiseta gris, que dejaba adivinar un cuer-

po esbelto y musculoso; su ordenador, bien cerrado sobre la mesa que tenía delante; su aire impasible, a la espera de los acontecimientos sin menearse en su asiento ni jugar con el teléfono. A Arthur le pareció singular, muy diferente de la multitud de sus semejantes, que no paraban de agitarse en sus sitios respectivos. Se acercó a él y bajó el asiento de al lado. El chico rubio movió su ordenador para hacer un hueco a Arthur y le tendió la mano con naturalidad, como si estuvieran cruzándose en el *stand* de una feria agrícola. Tanta espontaneidad no era corriente, ni siquiera entre los estudiantes. Entre los estudiantes, menos aún.

—Hola. Kevin. Kevin sin tilde en la «e».

«Es curioso —pensó Arthur—, no tiene pinta de Kevin, y menos aún de Kevin sin tilde en la “e”.» Se reprochó de inmediato esa idea tonta y se presentó a su vez. Kevin le sonrió sin decir nada. Los dos abrieron sendos ordenadores. La conferencia estaba a punto de empezar. Título: «Avances y retos en geodrilología». Geodrilología, la ciencia de las lombrices de tierra. Es justo decir que no había mucho público para la charla, que no figuraba en ninguna parte del plan de estudios obligatorio.

—Quizá no debería haber venido —murmuró Arthur con un último amago de remordimiento—. Tengo un trabajo que entregar mañana.

—No digas eso —intervino Kevin—. Son muy chulas, las lombrices de tierra.

—¿Por qué? ¿Porque puedes cortarlas en pedacitos?

—No. Las matas haciendo estupideces como esa.

—Entonces, ¿por qué molan?

—Para empezar, son hermafroditas. No es muy común entre los animales. Es lo que me fascinaba de pequeño. Macho y hembra al mismo tiempo...

—Si es por eso, también les pasa a los caracoles...
—dijo Arthur mientras se levantaba.

Demasiado tarde. Marcel Combe, «especialista de renombre mundial», como rezaba el cartel que anunciaba la conferencia, hizo su aparición. Arthur volvió a sentarse. Después de todo, por qué no. Además, le intrigaba el ponente. Se había imaginado a un técnico de laboratorio de tez cerosa. Era un viejo león de más de ochenta años, con melena rizada, ojos claros, cara de boxeador y espaldas anchas. Iba bien vestido. El traje, oscuro, le daba cierto aire de importancia. Llevaba una corbata de lunares con pasador de plata. Las lombrices de tierra tenían a su Jean Gabin particular.

El profesor Combe saboreó el efecto que producía. Recorrió el escaso auditorio con mirada hastiada y luego contempló el dispositivo electrónico de última generación incrustado en la mesa de madera maciza de la tarima.

—¡Dios mío! Se ve que los tienen a ustedes muy mimados —comentó con voz ronca.

Murmullos en la sala. Los alumnos de las escuelas superiores adoran en secreto que les recuerden sus privilegios.

—¡Han tenido que matar muchas lombrices de tierra para construir este campus!

Silencio. Arthur pensó en la escena de *Siete años en el Tíbet* donde los monjes budistas de Lhasa salvan a mano las lombrices antes de echar los cimientos de un edificio. Los arquitectos occidentales no tomaban tales precauciones. Arthur observó la reacción de Kevin, que permanecía erguido en su silla, con los dedos dispuestos a golpear el teclado a la primera información digna de mención.

—Me presentaré. Con los títulos seré rápido: no pasé

del graduado escolar. Empecé como jardinero. Aprendí en el tajo. Luego fui director de investigación en el INRAE, que, si no he entendido mal, se va a trasladar aquí, al lado de ustedes. Tendrán unos laboratorios muy bonitos y podrán pasar aún menos tiempo en el campo. Así podrán decir aún más estupideces.

Ligero hipido. Y es que el INRAE, el Instituto Nacional para la Investigación Agronómica francés, no es cualquier cosa. Arthur se preguntó si estaban ante un genio científico o un loco conspiranoico. Kevin seguía esperando frente a su pantalla, con la barra del cursor parpadeando sobre el documento en blanco.

—Como ustedes saben, las lombrices de tierra son responsables de la mayor parte de la vida en el suelo. Gracias a su incesante digestión, que les permite ingerir cada día el equivalente a su propio peso, descomponen la materia orgánica en elementos biogénicos que a continuación podrán alimentar a las plantas. Se calcula que las lombrices de tierra tragan y deyectan trescientas toneladas por hectárea al año. Sí, han oído ustedes bien, ¡trescientas toneladas! De hecho, buena parte de la tierra que pisamos, esa tierra que nos da de comer, es lombrimix, es decir, caca de lombriz. Por eso el gran Charles Darwin consideraba que nuestra lombriz de tierra era el animal más importante de la evolución natural. Sin él, todo se viene abajo.

—Ah, sí, Darwin —murmuró Arthur.

Le vinieron a la memoria viejos recuerdos de una biografía de Darwin.

—Es su último libro —explicó con autoridad a su vecino—. Pasó años estudiando las lombrices de su jardín.

Kevin asintió con la cabeza.

—... ¡doscientas setenta toneladas por hectárea y año! —exclamó el profesor.

Arthur había perdido el hilo de la lección. Anotó la cifra mecánicamente.

—Darwin se limitó a calcular el peso de los excrementos depositados en la superficie. Yo soy el único que ha calculado el peso total del lombrimix, incluido el que está bajo tierra. ¡El único desde Darwin!

Arthur y Kevin intercambiaron miradas risueñas.

—... así que espero que a partir de ahora sean ustedes más educados con las lombrices.

Marcel Combe había preparado el terreno con sus cifras, sus referencias y sus fórmulas repetidas una y mil veces, que probablemente bastaban para asombrar a una sala llena de ignorantes. Pero su auditorio seguía escéptico. Una gran parte de los estudios de Agronomía consiste en escuchar a los especialistas explicar la importancia vital de su campo de investigación y la injusticia de que es objeto, antes de reclamar mayor financiación. Entonces Marcel Combe se sacó un as de la manga: la reproducción de las lombrices de tierra.

—Los hábitos de las lombrices de tierra son fascinantes. A diferencia de sus antepasados marinos, las lombrices de tierra son hermafroditas. Cada individuo está dotado de un sexo masculino, a veces en forma de pene diminuto, y de un sexo femenino.

Kevin sonrió a Arthur con complicidad.

—La cópula tiene lugar pies con cabeza. Puede durar varias horas, ¡lo que relativiza el rendimiento de los humanos!

Apenas un par de risitas ahogadas. Estaba claro que los chistes de Marcel Combe no eran aptos para estudiantes de la AgroParisTech. La única obsesión de Arthur era no acabar así, como un viejo científico verde.

—Los dos miembros de la pareja intercambiarán es-

perma sin mezclarlo. Luego, la parte hembra de cada uno producirá huevos y los empaquetará en un capullo que depositará en el suelo. A la fecundación solo le falta ya que se produzca por sí sola, si se puede decir así, al menos fuera del cuerpo parental. A continuación, el embrión se convertirá en larva y el gusano atravesará su capullo como lo han hecho miles y miles de millones de gusanos desde hace más de doscientos millones de años, cumpliendo con su misión de mantener nuestra tierra, algo que les agradecemos muy poco, por no decir nada.

El final era bastante bonito. Pero Marcel Combe tuvo que estropearlo.

—Básicamente, la reproducción de la lombriz de tierra es sexo gay seguido de una reproducción asistida entre chicas.

Por fin, el anfiteatro despertó.

—Pero ¿quién demonios es este viejo estúpido? —exclamó Arthur a su vecino, que se reía a carcajadas.

Varios estudiantes se levantaron escandalizados. Dejaron claro a Marcel Combe que no se bromeaba con esas cosas. Y menos de esa manera.

—Pero no lo tomen como un juicio de valor por mi parte... —se defendió con torpeza.

Estaba más acostumbrado a un público de campesinos de cierta edad que se deleitaban con sus exabruptos «políticamente incorrectos», como él mismo decía con orgullo.

Nadie habría pensado que una conferencia sobre lombrices de tierra pudiera causar tanto revuelo. Como los estudiantes de la AgroParisTech son educados, la mayoría se contentó con enviar rabiosos tuits #lombrifacha. Algunos abandonaron la sala amenazando a Marcel Combe con las peores represalias. Arthur pensó en seguirlos.

Pero una mirada a su vecino, que esperaba tranquilamente lo que vendría después, lo disuadió.

—¿No estás escandalizado? —preguntó de todos modos a Kevin.

—No, es más bien divertido.

El profesor se pasó una mano vacilante por su blanca melena. Con sus manchas y sus repliegues, las manos delatan a quienes no aparentan su edad. Adquieren las arrugas que se ahorran en otras partes. Ver a Jean Gabin así, deshecho, fuera de la escena, no era una victoria para nadie.

Marcel Combe suspiró.

—Ahora voy a compartir con ustedes los resultados de cincuenta años de investigación... —continuó, aferrándose a lo que, en este mundo que ya no comprendía, aún podía hacerlo ocupar legítimamente un lugar. Cincuenta años en campos y laboratorios, manoseando, observando, midiendo, diseccionando lombrices. Cincuenta años publicando artículos de investigación leídos por un puñado de oscuros geodrilólogos. Cincuenta años de burlas o miradas incómodas cada vez que alguien le preguntaba a qué se dedicaba.

Su conferencia, expuesta con frío rigor y respaldada por cifras y gráficos, encantó a Arthur. Descubrió todo un universo subterráneo. Los espacios infinitos que fascinan a los filósofos no están sobre nuestras cabezas, sino bajo nuestros pies. Las lombrices de tierra transforman el suelo en un laberinto de caminos, cruces, pozos y escondrijos. Cada metro cuadrado de suelo oculta cinco metros de galerías, una red aún más densa que la de las pirámides. Son esos túneles los que permiten sacar de las entrañas de la Tierra los nutrientes necesarios para la vida y, a la inversa, los que drenan el agua de lluvia para

conservarla en reserva. Sin esa compleja arquitectura, el suelo se compacta, el agua resbala por la superficie y las plantas pasan hambre.

Las lombrices de tierra son faraones ciegos. Se toman el tiempo de vivir, soberanas de sí mismas y dueñas de su reloj biológico. Huyen de la luz, se mueven lentamente por su reino, encogiéndose y estirándose como acordeones. No corren el riesgo de asfixiarse: respiran a través de la piel. Para que no les falte de nada, almacenan sus propias heces y las ingieren de nuevo tras su fermentación. En invierno, hibernan, enroscadas en ovillo, sumidas en un profundo letargo. En verano, huyen del calor y se reúnen en cámaras frías, descendiendo a mayor profundidad a medida que sube la temperatura del suelo. Pasan conversando el tiempo de la sequía. Al morir, al cabo de dos o tres años, cuando comparecen ante Osiris, que pesa los corazones, son las campeonas: poseen cinco.

Naturalmente, hay lombrices y lombrices. Hay registradas más de cinco mil especies repartidas por todos los continentes. El profesor Combe las había estudiado en detalle. Había reconstruido meticulosamente su destino biopaleogeográfico en función de la tectónica de las placas. Había recorrido el mundo entero para palparlas. Había inventado innumerables experimentos. Kevin tecleaba sin pausa en su ordenador. Lo que más seducía a Arthur era la humildad científica que se adivinaba bajo las fanfarronadas del viejo tribuno. Marcel Combe insistía sin parar en el estadio incipiente de la geodrilología y, más ampliamente, del estudio de los suelos. Es cierto que la práctica intensiva de la geodrilología, disciplina ignorada por el público en general y despreciada por el resto de los investigadores, debe invitar a la modestia.

—Nadie puede describir hoy el funcionamiento de

un terrón —explicó el profesor—. El microscopio revela una diversidad increíble. No hay una milésima de milímetro que se parezca a otra. Se encuentran bacterias, levaduras, moléculas orgánicas muertas, partículas minerales, en suma, millones de elementos dispares, la mayoría de los cuales nos son, a día de hoy, completamente desconocidos. Y, sin embargo, ¡el terrón funciona! Respira oxígeno y exhala gas carbónico. ¿Cómo? ¿Por qué milagro biofísicoquímico? Nadie puede decirlo.

En una época en que el último pintamonas pretende reinventar el mundo, a Arthur le parecía reconfortante descubrir en Marcel Combe a un sabio de verdad: una mente curiosa que sabe lo que no sabe.

Después de más de una hora y media de una conferencia bastante técnica, el incidente había quedado olvidado, pero la atención de los estudiantes de la AgroParis-Tech había bajado ostensiblemente. Arthur echó una ojeada a su alrededor y constató que la mayoría de los ordenadores tenían abierta una página de Facebook o Instagram. Hasta él había empezado a mirar sus e-mails.

El anfiteatro se vio reanimado por la larga perorata de Marcel Combe, que describió con un énfasis de actor viejo el desastre ecológico en curso. La labranza en profundidad y la incorporación de pesticidas han diezariado la población lombricenta en la mayoría de las tierras cultivadas, reduciéndola a unas pocas decenas de kilos por hectárea. El suelo se convierte entonces en un cultivo «fuera del suelo», un soporte compacto y desvitalizado, una estantería gigante donde se vuelca abono para recuperar unos productos comerciales en forma de plantas sin gusto. De ahí los corrimientos de terreno, el agotamiento de las capas freáticas y, por supuesto, el empobrecimiento vertiginoso de los ecosistemas. La «tecnocien-

cia», como decía Marcel Combe, le había dado la espalda a la ciencia; el productivismo agroindustrial había arruinado la fertilidad natural, y la humanidad había logrado destruir en apenas unas décadas el sutil equilibrio obtenido por millones de años de evolución biológica.

—Sin lombrices —resumió Marcel Combe—, no habrá tierra. No es una casualidad que el astrofísico Hubert Reeves explique que la desaparición de la lombriz de tierra es al menos tan preocupante como el deshielo de los glaciares.

Arthur se sintió desanimado. Desde luego, eso no iba a arreglar sus ataques de ecoansiedad.

No obstante, si era cierto lo que decía Marcel Combe, a quien no gustaba desanimar a su auditorio, la lombriz de tierra podría convertirse en nuestra mejor aliada. En primer lugar, es posible reintroducirla en los suelos por inoculación, método descubierto hace un siglo por un tal señor Ashmore, granjero de Nueva Zelanda. Mejor aún, se la puede poner a trabajar para tratar los desechos de la humanidad. El profesor Combe se puso a elogiar el vermicompostaje, que consiste en alimentar a una colonia de lombrices con nuestros residuos orgánicos, desde cartón hasta peladuras de patata; unos meses después, se transforman en vermicompost fino e inodoro, un polvo negro listo para ser utilizado para abonar tanto las plantas en maceta como los cultivos en el campo.

—Para los particulares, existen hoy unos pequeños muebles muy elegantes que se pueden poner en la cocina —precisó Marcel Combe—: se apilan cajones unos encima de otros, se ponen los restos arriba y se extrae abajo del todo el compost en forma sólida y líquida.

—Imagina ese montaje en los cuartuchos de la resi —susurró Arthur.

—Seguro que algún cenutrio acabaría por darle una patada —completó Kevin—. Vete a explicárselo al gerente. Miles de gusanitos rosas pululando por todas partes.

Arthur soltó una carcajada forzada, lo que le valió que Marcel Combe frunciera el ceño.

—No se reirá usted tanto —continuó el profesor— cuando descubra el potencial industrial del vermicompostaje, que yo rebautizaré como *lumbripolitécnica*.

Había llegado el momento de soñar. Del sueño de Marcel Combe y sus lombrices salvando a la humanidad pecadora.

—Podrían construirse verdaderas fábricas donde miles de millones de lombrices trabajarían en cubos gigantes para el bien de todos nosotros. Lombricompostaje, lombrifiltración, lombritría: todo es posible con estos animales. He llevado a cabo los experimentos. Son concluyentes. Basta con invertir una milésima, una millonésima parte de las sumas que se gastan actualmente en crear tonterías digitales para fertilizar el suelo, reciclar los residuos urbanos, depurar las aguas residuales, tratar los efluentes ganaderos y eliminar el estiércol. En suma, para resolver la mayoría de nuestros problemas. Solo lamento una cosa: no verlo en vida. Alimentaré a las lombrices antes de que las lombrices los alimenten a ustedes.

Arthur oyó algunas risitas. Marcel Combe se había erguido y miraba a lo lejos, por encima de los estudiantes ocupados en rascarse la nariz o dar *like* a algún post. Estaba solo en su tarima. Sabía que nadie lo creía. Demasiado simple para ser verdad.

—¿Qué es el Hombre? —exclamó Marcel Combe, a quien ya nada podía detener—. Etimológicamente, *humano* viene de *humus*, «tierra», «suelo». Por eso el humus salvará al Hombre.

Una salva de aplausos aburridos saludó esta última frase. Arthur aplaudió enérgicamente. Kevin también. Sus suaves palmadas quizá consolaron un poco al patriarca de las lombrices.

—No acepto preguntas —dijo Marcel Combe con altanería mientras recogía sus cuartillas.

Los dos muchachos se quedaron a charlar a la salida de la conferencia. El entusiasmo de uno reforzaba el del otro. Si no se hubieran conocido, la conferencia probablemente se habría diluido entre toda la carga docente diaria. Pero encontraron en ello el pretexto ideal para entablar una amistad.

Así que dedicaron las largas tardes en la meseta de Saclay a profundizar en sus conocimientos sobre las lombrices de tierra. Se suscribieron a los pocos blogs especializados sobre la cuestión y leyeron la biblia publicada por Marcel Combe. Estudiaron a fondo las publicaciones especializadas e intercambiaron sus escasos hallazgos. Arthur amplió sus investigaciones a la historia y la literatura, sus materias predilectas desde hacía mucho tiempo. Pero no encontró nada. Después de Cleopatra, que, consciente del papel de la lombriz en la fertilización del valle del Nilo, le concedió un estatuto semidivino, los reyes del mundo prefirieron el águila, el león, la abeja o la salamandra. En cuanto a los escritores, no parecían mucho más interesados. Incluso el alejandrino que le dedicó Victor Hugo, al dar vida literaria a una «lombriz enamorada de una estrella», era bastante poco halagador. La lombriz designaba a Ruy Blas, el oscuro criado; mientras que, por supuesto, la estrella figuraba a la reina de España. Había que ser escritor romántico para preferir un astro muerto antes que la fuente de toda vida.

Arthur y Kevin compartían la rara sensación de descubrir un campo de investigación casi virgen. Así se forjó rápidamente entre ambos una complicidad propia de exploradores. Juraron solemnemente no abandonar nunca a las lombrices de tierra. Dedicarles sus carreras y sus vidas de un modo u otro.

Los dos muchachos adquirieron la costumbre de escaparse juntos por la noche de sus monótonos cuartos en la Residencia Universitaria de Ingenieros Agrónomos para tomar una cerveza en la terraza de la escuela, en la última planta del edificio principal. Pasaban por delante de los espacios reservados a los exiguos huertos urbanos y se acodaban en la barandilla. Desde allí, podían ver el bosque adyacente a una vieja abadía benedictina que había sobrevivido milagrosamente a la periurbanización del departamento del Essonne. La masa oscura del bosque estaba delimitada frente a ellos por las vías suspendidas del futuro metro del Grand Paris Express, y a lo lejos por el halo luminoso de la ciudad. La naturaleza en riesgo de desaparición los invitaba a filosofar. No estaban rehaciendo el mundo, como las generaciones anteriores, sino viendo cómo se desmoronaba y tratando de encontrar algo útil que hacer en medio del colapso que se avecinaba.

Arthur disertaba así acerca de los males que acarrea la abundancia con esa falsa desesperación de los veinte años, cuando uno puede pasárselo bien no creyendo en nada porque aún cree en sí mismo. Hijo único acostumbrado desde siempre a los monólogos solitarios, por fin había encontrado un público. De pie en la noche, con el rostro iluminado en contrapicado por los focos del suelo, fustigaba el productivismo, condenaba la multiplicación infinita de nuestras necesidades y abogaba por la sobrie-

dad en todo. Para describir el mundo actual, Arthur recitaba las figuras de Jean-Marc Jancovici, conocido como *Janco*, el ingeniero idolatrado por toda una juventud responsable, buscando entender la amplitud del desastre legado por sus padres. Para imaginar el del día de mañana, invocaba a Epicteto, Rousseau, Élisée Reclus. No había en él ni sombra de pedantería. Los autores clásicos formaban parte de su entorno familiar; los citaba como quien cuenta lo que le ha dicho un amigo borracho, sin saber que hay que tomarlos en serio.

Arthur sentía predilección por Henry David Thoreau, que se fue a vivir unos años como ermitaño a orillas del lago Walden, en los confines de Massachusetts. Él sí que había llevado la sobriedad hasta sus últimas consecuencias. Se pasaba el tiempo eliminando en lugar de acumular, vivía en una habitación con tres sillas («una para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad»), renunció a todos los estimulantes (incluido el café, que estropeaba la luz de la mañana), incluso rechazó un felpudo de regalo (¿para qué?, la tierra no está sucia). Al cultivar su pequeño huerto, inauguró, sin saberlo, la técnica de la siembra directa, sin arar. ¿Era Thoreau libertario o anarquista, poeta o filósofo? A Arthur le daba igual. Representaba para él el ideal del hombre libre.

De su padre, abogado, Arthur había heredado la facilidad retórica, el gusto por las preguntas con puntos suspensivos y cierto cinismo ante la política que lo hacía rehuir la militancia. Tras su bachillerato general en el Lycée Henri-IV, se matriculó en un curso preparatorio para entrar en la universidad a estudiar Ingeniería Agrícola, un poco por bravuconada, por seguir cultivando su personalidad de intelectual singular. Le habían propuesto un

curso preparatorio de Letras y luego pasar a una Escuela Normal Superior de Literatura, lo que correspondía naturalmente a su gusto por los autores muertos desde hacía más de un siglo, con egos que ya no molestaban a nadie y cuyas ideas estaban, precisamente por ello, muy vivas. Pero a Arthur no le gustaban los caminos balizados. Tenía en poca estima a sus futuros compañeros, aprendices de filósofos despotricando acerca del decrecimiento pero incapaces de plantar una lechuga. Temía que sus convicciones personales se vieran devaluadas por el panurgismo de los falsos rebeldes. Sobre todo, no se veía ganándose la vida a base de producir un pensamiento crítico. No quería convertirse en un exégeta profesional ni en un histérico del requerimiento. Si la filosofía, tras interpretar durante mucho tiempo el mundo, tenía ahora la tarea de transformarlo, había llegado la hora de remangarse.

Así que Arthur se pasó a la sección BCPST para estudiar Biología y Ciencias de la Tierra. Ingresó en la Agro-ParisTech sin demasiadas dificultades. Al menos ahí era dueño de sus ideas, sin tener que convertirlas en una cruzada o en un plan de carrera. Como a Tales, orgulloso del rendimiento de sus olivos, o a Montaigne, de la hermosa alineación de sus melones, le gustaba acabar sus días con tierra bajo las uñas. Aunque estuviera convencido de que al final sus esfuerzos serían en vano y que buena parte de las especies desaparecerían en la sexta extinción masiva, él pondría su granito de arena, en primera línea, y no escondido entre libros y coloquios.

Kevin, tan taciturno como voluble era Arthur, escuchaba los dislates de su compañero con la curiosidad de un niño que observa una mosca golpeándose la cabeza contra una ventana. Admiraba su cultura sin compren-

der realmente el sentido. Siempre se sentía de acuerdo sin querer explorar la contradicción. Imaginaba lo agotadora que debía de ser aquella indignación constante, y ofreció a su amigo lo más preciado que poseía: una presencia de peso, fiel y tranquilizadora. Absorbía las palabras de Arthur como una buena tierra bebe el agua.

Nada había predestinado tampoco a Kevin a convertirse en ingeniero agrónomo, pero por razones diferentes. Sus padres eran simples trabajadores agrícolas; su madre tenía un contrato de duración determinada en una quesería donde empaquetaba a diario la leche de oveja fermentada, su padre era conductor de tractores en una cooperativa, donde le pagaban en función de las estaciones y las necesidades. Tenían alquilada una casa de paredes de perpiaño en una aldea cualquiera del Limousin, una región donde, a pesar de todos esos años, se sentían todavía de paso, como siempre se sentirían de paso en la vida. Eran descendientes de generaciones de temporeros y vagabundos, yendo de un lado a otro al antojo de las transformaciones económicas, siempre dispuestos a acudir a tapar los agujeros de la sociedad. Tenían el petate grabado en la memoria y sabían que podrían retomar el suyo si faltaba el trabajo. Así que no se preocupaban. Era una pareja sin historia, sin ataduras, sin ambición, sin resentimiento. Nunca les pasaba nada importante y no se quejaban. Como si el destino hubiera concentrado toda la suerte que les correspondía en ese niño de belleza griega, plácido y voluntarioso. Lo educaron de lejos, sin ocuparse demasiado, para no echar a perder por torpeza esa semilla fuera de lo normal que solo pedía crecer sola.

Así fue como Kevin, casi sin querer, consiguió todo

lo que se propuso. Después de la escuela secundaria, entró en un instituto agrícola, siguiendo la trayectoria normal de la mayoría de los niños de la zona. Como era bueno, lo enviaron a la sección técnica para estudiar Ciencias y Tecnologías de la Vida. Como era bueno, preparó un Diploma Universitario de Tecnología en Limoges en lugar del tradicional y más humilde BTS. Como era bueno, uno de sus profesores lo inscribió en la prueba de acceso C2 para la AgroParisTech: quince plazas al año reservadas al «sector profesional». Como era bueno, aprobó. Y ahí estaba, contra todo pronóstico, entre la futura élite. A decir verdad, no le daba ninguna importancia, pero disfrutaba de su nuevo ambiente. Un poco como sus padres, Kevin también vagabundeaba, pero de tal modo que pasaba a ojos de los demás por ambicioso.

Su única decepción fue no instalarse en París, que esperaba conocer mejor; renunció casi a entrar en la escuela cuando supo que se trasladaba de la rue Claude-Bernard a la meseta de Saclay. Como ya había iniciado el proceso de matrícula y todos lo felicitaban, no se atrevió a decepcionarlos. De todas formas, más de la mitad de la formación se realizaba en el campo, en empresas, laboratorios o granjas. Y no iba a rechazar la beca que le ofrecían, una fortuna para él.

Kevin era espontáneamente ahorrador. Mientras que Arthur predicaba la sobriedad calzando unas Camper fluorescentes y se torturaba intentando definir los compromisos aceptables, Kevin no tenía necesidades especiales. Algunos pares de vaqueros, su ordenador, el restaurante universitario del CROUS: no necesitaba más. El resto de su dinero iba a las cervezas de la tarde. Para algunos, aquello era la precariedad estudiantil. Para él, la buena vida.

Arthur veía en Kevin a un sabio que, sin la ayuda de los libros, ni siquiera de la reflexión, seguía instintivamente las reglas de la virtud. Se sentía admirativo y ligeramente resentido. ¿De qué servía todo ese camino interior suyo, salpicado de angustias y epifanías, si se podía alcanzar el mismo resultado tranquilamente, sin esfuerzo aparente?

Cuando sus conversaciones se prolongaban por la noche en la terraza, Kevin y Arthur se veían a menudo sorprendidos por el toque de queda de las once de la noche. Los vigilantes hacían una ronda rápida para comprobar que la escuela estuviera vacía antes de cerrar las puertas. Las primeras veces, los dos amigos obedecieron. Luego se animaron y, escondidos en un rincón, se dejaron encerrar. La noche era clara y cálida. Les quedaba un pack de cervezas y mil temas de discusión. Orinaron, uno tras otro, por encima de la barandilla. Hacia la una de la madrugada, intentaron abrirse camino por los pasillos desiertos. Se divirtieron merodeando por las salas de prácticas, donde los tubos de ensayo humeaban, y saltaron por encima de los torniquetes desactivados como si se estuvieran colando en el metro. Buscaron una salida y se asustaron al dar con las puertas de cristal cerradas antes de encontrar una que se abría desde dentro.

Una vez fuera, solo tenían que franquear las verjas exteriores del campus. Deambularon entre los arbustos recién plantados y se encontraron frente a la acequia. Era el momento perfecto para hacer aquello con lo que todo estudiante sueña en un día tan caluroso. Se sentaron en la pequeña playa, se quitaron los zapatos y se remojaron los pies. Arthur balbuceó algunas tonterías sobre Bachelard y la poética del agua mientras Kevin se quedaba medio adormilado. El frescor del agua los hizo recuperar la sobriedad poco a poco. Por encima de ellos, el cielo, aún

relativamente poco afectado por la contaminación lumínica, mostraba algunas estrellas. Incluso pudieron oír el ulular de un búho procedente del futuro «laboratorio» en construcción de la EDF. Arthur movía los dedos de los pies, provocando un chapoteo meditativo.

—Venga, vamos —dijo Kevin de pronto, despertando de su letargo.

Se quitó la camiseta y luego se desnudó, con la falta de pudor habitual de los vestuarios deportivos.

Arthur apartó la mirada un poco avergonzado, pero acabó imitándolo. La acequia era lo bastante ancha como para bañarse los dos.

—El mejor sitio de esta escuela —dijo.

Sus piernas se hundían en el barro hasta media pantorrilla. Era una sensación extraña, sentirse atraído hacia un fondo sin fondo, esponjoso y orgánico, una tierra viva que podía aspirarlos y digerirlos en un instante. La orilla desprendía un olor acre, como a sudor vegetal. Unas libélulas volaban a ras del agua sin preocuparse por los nuevos ocupantes de la acequia. Arthur filtraba entre sus dedos lentejas de agua, auténticas piezas de oro verde. Incluso en un espacio tan reducido, la naturaleza había recobrado su libertad.

De repente, Kevin señaló el haz discontinuo de una linterna. Los dos chicos salieron corriendo del agua ahogando la risa, chorreando, se pusieron la ropa y se tumbaron en la grava. Oyeron pasos que se acercaban.

—Es el tipo del puesto de control de seguridad —surró Kevin.

—Esto parece *La gran evasión*.

—¡Tenemos que mover el culo!

Kevin salió corriendo de la acequia hacia la sala de estudiantes. Arthur lo siguió. Se escondieron detrás de la

pared justo cuando la luz estaba a punto de alcanzarlos. Esperaron a que el guardia se alejara hacia el edificio D y luego corrieron hasta las puertas del jardín, de unos dos metros de altura.

—Yo te aúpo —dijo Kevin, ofreciéndole las palmas de las manos como trampolín.

—¿Y tú?

—Ya veremos.

Arthur se subió torpemente agarrándose a los barrotes. Al tratar de incorporarse, sus dedos mojados resbalaron. Se soltó y cayó hacia atrás con un fuerte grito. Kevin pudo agarrarlo de la cintura para frenar su caída. Acabaron juntos en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Kevin mientras se ponía en pie.

Le tendió la mano a Arthur para que lo ayudase a incorporarse.

—Sí, sí, pero nos han pillado.

El guardia los enfocaba con su linterna. A plena luz, la piel pálida y brillante de Kevin lo hacía parecer una ninfa acuática. El vigilante corrió hacia ellos gritando. Hubo largas discusiones, tras las cuales Kevin y Arthur consiguieron que les abriera la puerta principal, jurando solemnemente no volver a hacerlo, promesa que, naturalmente, se apresuraron a incumplir. Cada vez hacían más excursiones nocturnas. Plantaron esquejes de cannabis en los parterres de la escuela. También fueron hasta París para rajar los neumáticos de los todoterrenos, una actividad de gran repercusión que generaría un sano sentimiento de emulación entre sus compañeros. Poco a poco, Kevin y Arthur se hicieron inseparables. Todo el mundo en la escuela los asociaba. A las fiestas y a los exámenes acudían en pareja.